

## CARTA A LA ROSADA

Hielo, escarcha o centellada, la rosada es la nostalgia blanca de la nieve. Más ahora que ya no nieva casi nada donde los carámbanos eran testigos diarios. Esas mañanas blancas donde los ancianos se sujetan de la mano aun con guantes para sentir el apoyo del uno en el otro; donde los adolescentes, ajenos a otra cosa que no sea el amor y el sexo, pintan en las paredes frases como esta: “Dan, volcán de amor, dichoso junto a ti”; o los ya jóvenes con más intereses sociales y con faltas de ortografía escriben en negro sobre el muro rojo: “La desobediencia es el principio de la evolución. Desovedece.” Tal vez la v la han escrito como primer golpe de desobediencia. Y hablan de evolución, no de revolución. Extraña juventud. En las mañanas blancas se ve el aire cuando expiras y compruebas dónde gravita la vida. En las mañanas blancas puedes mirar el sol de frente y zambullirte en él como lo harías en un almendro florido. En las mañanas blancas hay sal por el suelo para que no te rompas la crisma. En las mañanas blancas lloran los ojos de frío y gotea la moquita del viejo caminante. Bendito frío. Un petirrojo, *txantxangori*, salta en el suelo de hoja en hoja helada picando lo que puede. Lo jardineros en huelga clavan cruces de madera y en el travesero escriben mensajes como este: “+ flores y - capullos.”

Cosas de un día cualquiera de invierno. Datorren aste arte.

Daniel Ezpeleta. <http://danielezpeleta.wordpress.com>